

Claudio Magris

No ha lugar  
a proceder

Traducción de Pilar González Rodríguez



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Titulo de la edición original:*

Non luogo a procedere  
Garzanti S.r.l.  
Milán, 2015

*Ilustración:* foto © Frédéric Mars, 2015

*Primera edición:* abril 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Pilar González Rodríguez, 2016

© Claudio Magris, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7948-3

Depósito Legal: B. 5147-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Submarinos usados: compro y vendo. El anuncio en el *Piccolo Banditore* era del 26 de octubre de 1963; evidentemente él –empujado por las deudas, olfateando promesas millonarias de varias administraciones públicas e incluso de ministerios, estrangulado por los usureros, perseguido por los propietarios de terrenos y de los hangares donde había acomodado sus aeroplanos y sus puentes militares bombardeados– se había visto obligado a poner en venta alguna reliquia de considerables dimensiones, pero, en el preciso momento en que se disponía a vender, sus Furias se habían adueñado de él y había intentado también comprar –no se sabe con qué dinero, pero comprar en cualquier caso– sumergibles, Panzer o dragaminas.

Podía ser el comienzo; la antecámara del Museo, nada más entrar. En la pared de frente al acceso, una gran pantalla negra encrespada por un temblor difuso, un rumor de agua al fondo; su cara aparece en aquella oscuridad, una fotografía de principios de los años setenta. Cabeza que emerge de las aguas negras, ojos febriles, pícaros; líneas de sudor, gotas de agua recorren los pómulos panonios. En medio de la sala, el submarino, un U-Boot de la Marina Imperial de la Primera Guerra Mundial, comprado o adquirido quién sabe cómo. Submarinos usados: compro y vendo. Voz pomposa, insinuante. Reconstruida, con una hábil

elaboración de varias grabaciones radiofónicas de Radio Trieste. Un inocuo aviso económico que se convierte, gracias a la reconstrucción de la voz –ensamblada, o sea, verdadera, absoluta, no la casual y mutable del momento en que se habla–, en una incitación, la oferta de un alcahuete en la sombra. Entrar en el Museo como se entra en un night club, promesas de neón; puede ser una buena idea, pensaba Luisa. Aunque faltaba la clave, la atracción más buscada y comentada, aquellas famosas libretas. Un misterio iniciático en el que falta la guinda, la espiga de trigo que consagra al adepto.

La familia había sido clara al respecto en la carta enviada al director del *Corriere Adriatico*, que apareció de forma destacada: «... permítanos, como herederos suyos, expresar nuestro asombro y nuestro pesar por el artículo publicado el 12 de marzo pasado en su periódico. No logramos comprender con qué derecho y autoridad se puede anunciar que también sus diarios (miles de páginas divididas en cuadernos numerados, con diversas referencias y adiciones) se ordenarán, junto a todo el vastísimo material bélico, en el Museo dedicado a la documentación de la guerra para exaltar la paz, Museo que, con una de sus ingeniosas pero siempre razonadas imágenes, había decidido llamar “Ares para Irene”, el dios de la guerra que se convierte en apóstol de paz. Somos los primeros en alegrarnos de que la Fundación creada por la Provincia y el Ayuntamiento haya decidido crear un Museo, sueño al que él dedicó la vida, reformando los palacetes, las caballerizas, los garajes y hasta la propia zona de hierba –rodeado por la pista y adecuadamente cubierto– del viejo hipódromo. Esperemos que esta vez el proyecto llegue por fin a buen puerto; hace una eternidad que se habla de ello y que se ofrecen programas y promesas, un verdadero cuento de nunca acabar. Pero en lo que se refiere a los diarios, éstos son y siguen siendo de nuestra exclusiva propiedad, como herederos, aunque retorcidas y para nosotros incomprensibles vicisitudes burocrático-judiciales han sustraído de hecho, temporalmente, una parte a nuestra posesión,

pero no a nuestro derecho de disponer del modo que consideremos oportuno, bien entendido siempre en el interés no ya nuestro, sino de la ciudadanía, de la colectividad, de la humanidad, siguiendo su ejemplo, el ejemplo de un hombre que en aras de su misión, de su ideal, de su grandioso proyecto ha sacrificado todo, carrera, bienes, salud, el bienestar de su familia, en resumen, la propia vida.

»Estamos dispuestos, una vez más, a ceder todo –porque el patrimonio moral del Museo es de todos–, a poner a disposición de todos los cañones, submarinos, carros blindados y armas de toda clase que él recogió a lo largo de su vida para documentar los horrores de la guerra y la necesidad de la paz. Es un escándalo que durante años ninguna institución pública se haya encargado de encontrar un ambiente adecuado donde instalar el Museo. Pero en lo que respecta a los diarios en general y en particular a los que han desaparecido misteriosamente, tan abundantes de material valioso pero también candente, como por lo demás se ha dicho varias veces en el propio *Corriere Adriatico*, estamos seguros, estimado Director, de que su periódico, consciente de la importancia y de la delicadeza de la cuestión, no...»

El periódico la había publicado en la tercera página, no en la sección de las Cartas al director, transformándola en un artículo relevante de la parte inferior de la página, con títulos y subtítulos muy destacados. No era raro que quisieran, una vez más, airear un poco el caso. Aquella historia siempre levantaba polvareda, sobre todo después del proceso que, como sucede con frecuencia en los procesos, había dejado las cosas menos claras que antes. Luisa apartó el periódico, que había posado encima de un paquete de cuadernos, libretas, hojas, fichas, CD, DVD en los que estaba trabajando, para disponer, y si era necesario añadir, las notas esbozadas por él mismo que habrían debido ilustrar cada pieza del Museo, con sus funciones, su historia, la de su inventor, la de la fábrica que la había producido, la de los ingenieros y obreros que habían trabajado en ella, la de la unidad

militar a la que se había asignado, la de la batalla en que había sido destrozada, la de quien la había conducido o apuntado o cargado o había muerto entre su chatarra. Por ejemplo, pensaba colocar aquella máquina dragaminas junto al rectificador de vapor de mercurio; le parecía que casaban bien, muerte subacuática y muerte entre exhalación de vapores, muerte procurada, evitada o diferida, según, pero siempre muerte. La muerte se adapta bien a los museos. A todos, no sólo a un Museo de la guerra. Cualquier exposición –cuadros, esculturas, objetos, máquinas– es una naturaleza muerta y la gente se agolpa en las salas, llenándolas y vaciándolas como sombras, se entrena para la futura estancia definitiva en el gran Museo de la humanidad, del mundo, en el que cada uno es una naturaleza muerta. Rostros como fruta caída del árbol y dejada sobre un plato. Si bien él, precisamente en este punto...

Luisa volvió al ordenador en la oficina que le habían asignado cuando la Fundación le encargó la elaboración del proyecto del Museo. Una sola estancia, aunque amplia, ganada a las cabañerizas. Le gustaba aquella habitación en medio de tantos grandes espacios vacíos. Desde una de las ventanas veía algunas piezas ya provisionalmente instaladas en el salón contiguo. Oblonga, algo cilíndrica y vercosa, la máquina dragaminas recordaba a un manatí, a alguna criatura marina que se mueve torpe pero silenciosa hasta caer sobre la presa. Fuera, por la tarde, las ramas de un roble zarandeadas por el viento se dirigían hacia su ventana como garras, tentáculos angulosos saltaban de la oscuridad a la luz de la farola y volvían a perderse oscilantes en la sombra, fallida la presa, quién sabe aún por cuánto tiempo. Luisa se estremeció, por un instante creyó sentir los años como una columna de agua oscura que martilleaba en sus sienes, una migraña que le hacía pensar absurdamente en el amor, o quizá en su final, que, al fin y al cabo, para ella había sido casi siempre la misma cosa.

Aquel repliegue próximo a la boca, que por lo general gustaba, no era en realidad una arruga, pero ella la sentía de vez en

cuando como una cicatriz. Un beso, un mordisco –también yo me estoy volviendo como él, a fuerza de leer sus cartas hasta confundirme con él y de ocuparme de sus ametralladoras y de sus espadas; además, ahora que he tomado la costumbre de llevarme a casa por la noche algunas de esas cartas y fotografías para estudiar cómo organizarlas hasta que me entra el sueño, terminaré por creer también yo que todo es sólo guerra y toda marca, una cicatriz—. Pasó el dedo suavemente por la hoja de una de las espadas apoyadas de forma provisional en la pared; la línea que dejaba en la piel era nítida pero desaparecía enseguida.

Es probable que él, pese a su horrible final, no supiera de las cicatrices que todas las cosas dejan en el corazón; tal vez no sintiera el bufido de la vida en la oscuridad y no viera aquella oscuridad, tan entregado como estaba a mirar en la tierra, a excavar, a buscar y a recoger aquellos objetos insensatos, monóxilos, esquirlas de granadas, escudillas abolladas, cornetas de campaña, casquillos aplastados, espoletas. De noche, su antorcha iluminaba sólo el terreno removido, los socavones, los fondos de las dolinas, un casco oxidado que relucía entre la hierba.

Así había atravesado su noche, hecho polvo pero indemne, feliz con aquellas cosas frías y muertas que sacaba de la tierra o conseguía que le regalasen ejércitos en lucha o recogía en talleres abandonados, sin darse cuenta de que la vida bullía a su alrededor como en torno a los demás, amenazando con muerte y destrucción, no la buena muerte ya muerta que no hace daño a nadie, sino el vivo y continuo morir del cuerpo y del corazón, la luz cada vez más débil en el alma, el frío en los huesos, más mortal que las llamas que lo envolverían en su última hora, en el largo y cómodo ataúd que había elegido para dormir en aquel cobertizo junto a sus carros blindados, lanzamisiles y alfanjes amontonados en desorden, aquella chatarra de todas las guerras que eran las piedras miliarenses de su existencia, el tanque adquirido en 1945, el tender de 1947, los fragmentos y la estructura del demolido Ponte Verde giratorio, límite provisional entre el Canal y el mar.

Y él, solo con su ataúd en su almacén atiborrado de armas que esperaban el Museo y en el que se había declarado el incendio. Su reino; suyo porque estaba deshabitado, evacuado de todos los vivos que impiden la paz porque para vivir necesitan la guerra, hasta en casa, en la familia, en la cama —a veces, pensó Luisa, tomando apuntes para la máquina dragaminas, cuando se despierta temprano y la mañana apenas se adivina pálida detrás de las persianas, escudriña, de almohada a almohada, como desde una trinchera, al compañero dormido—. No habrá ataque alguno, pero se está alerta, en la vaga espera del fuego. Cuando tuvo que estudiar en la escuela la guerra de los Treinta Años, pensó inmediatamente en la familia. No en la suya, más bien... así, en general. Y ella, por su parte, todavía no había resuelto si era un bien o un mal no tener una propia y por qué, cuando pensaba en ello, sentía un instante el corazón vacío.

Él dormía en su ataúd, no muerto aún pero tranquilo y sereno como si ya lo estuviese, como ahora, que estoy rebuscando entre sus cartas como si fueran su polvo, cenizas de carne quemada que sólo los investigadores habían podido distinguir, aquella noche —también la mañana siguiente cuando los bomberos, después de muchas horas, habían apagado el incendio—, de la ceniza de la madera del ataúd quemado con él. Tal vez había tenido miedo del morir, pero no de la muerte; entre los jeeps, bayonetas, sables y cananas se sentía seguro como entre las estatuas y las lápidas de un cementerio donde la espada, blandida por un caballero de mármol que vela una tumba, nunca baja para atacar con violencia. Había escrito, contaban, al propio presidente de Estados Unidos pidiéndole el sistema de disparo Norden que había lanzado la bomba en Hiroshima.